

## HORACIO LÍRICO Y EL *TRACTATUS DE RELIQUIIS PRECIOSORUM MARTIRUM ALBINI ATQUE RUFINI O GARCINEIDA*

### LOS *CARMINA* EN LA *GARCINEIDA*

Cuando la ruinoso erudición latinoclásica de un autor se ajustaba al uso y abuso de mortecinos fragmentos citados que de segundas en terceras fuentes y de repertorio en repertorio terminaban por volverse proverbiales, las citas y *reminiscentiae* de este magnífico opúsculo brillaban con espléndida luz propia en el conjunto de la parodia medieval y de la literatura mediolatina. No es para menos; con mucha razón apunta María Rosa Lida que en esto el autor anda a contrapelo de sus contemporáneos, “pues si la regla en la Edad Media es repetir hasta la saciedad unas pocas sentencias de Ovidio, Persio y Juvenal... García no encaja ninguna de estas manoseadas máximas y escoge en cambio versos muy concretos, sin posible meollo doctrinal, que implican lectura y goce atentos”<sup>1</sup>.

Del rico inventario de autores que, ya como “sofisticados ecos ornamentales”<sup>2</sup> (Juvenal y Ovidio), ya como pautas fecundas de composición (Terencio)<sup>3</sup>, recuerda el autor anónimo<sup>4</sup>, destaca por mu-

<sup>1</sup> “La *Garcineida* de García de Toledo”, *NRFH*, 7 (1953), pp. 253-254.

<sup>2</sup> FRANCISCO RICO, “Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla”, *Ábaco*, 2 (1969), p. 48.

<sup>3</sup> MARÍA ROSA LIDA, art. cit., pp. 255-256.

<sup>4</sup> Aunque varios autores atribuyen el opúsculo al García de Toledo que aparece como personaje (Sackur y María Rosa Lida, entre otros), es probable que en realidad no se trate de un autor hispánico; según ROGER WRIGHT, García bien pudo ser romano pues “...parece conocer mucho sobre Italia –refiriéndose, por ejemplo, al Monte Gárgano– y sobre Francia –refiriéndose por ejemplo, al Ródano–, sin aludir a nada hispánico, excepto, de pasada, a Toledo” (*Latín tardío y romance temprano*, trad. Rosa Lalor, Gredos, Madrid, 1989, p. 321). Según JOSÉ-LUIS MORALEJO, “la gran formación clásica del autor” y “el detallado conocimiento de la Curia Romana que demuestra” permiten dudar del origen hispánico de la sátira (“Literatura hispano-latina [siglos V-XVI]”, en *Historia de las literaturas hispánicas no castellanas*, ed. J. M. Díez Borque, Taurus, Madrid, p. 68). En comunicación personal, el profesor Maurilio

chas razones la huella inusitada de los *Carmina* de Horacio. En época de franca indiferencia hacia una obra cuyas razones de estima escapaban a los espíritus más gruesos —o, por lo menos, era esa la opinión general, expresada por Menéndez Pelayo<sup>5</sup> y seguida después por María Rosa Lida<sup>6</sup>—, el autor anónimo del *Tractatus de reliquiis martirum* descollaba por su buen gusto. Así, escribía María Rosa Lida que “otro rasgo excepcional es la afición a Horacio y, lo que es más extraño, a su lírica, muy poco gustada en la Edad Media, y que deberá aguardar más de tres siglos hasta asomar en la literatura castellana romance, en las coplas de arte mayor de la *Comedieta de Ponza*”<sup>7</sup>, juicio que se volvería moneda corriente en los estudios posteriores<sup>8</sup>.

Hoy, ésta no es la causa principal de nuestra sorpresa. Aunque es bien cierto que la poesía de Horacio no fue vocera de su propia fama durante la Edad Media en lo que toca a modelos métricos<sup>9</sup> y que, en

---

Pérez González me ha confirmado también sus dudas al respecto. En realidad, la evidencia para seguir considerando la autoría de un García de Toledo es débil y parece preferible, hasta la aparición de nuevos materiales, pensar en un autor anónimo.

<sup>5</sup> Para MENÉNDEZ PELAYO era natural que la lírica de Horacio tuviese pocos lectores, “...aparte de otras consideraciones obvias, porque es la forma lírica la menos susceptible de ser disfrutada y apreciada debidamente en tiempos de no refinada cultura estética, aunque de ciencia profunda e inspiración valiente, cuales fueron los tiempos medios... Ni el fondo de Horacio ni su expresión convenían a la Edad Media, y si por maravilla encontramos algún lejanísimo rastro más en los latinistas eclesiásticos que en los poetas de lenguas vulgares, nunca una verdadera y directa imitación, reduciéndose estos vestigios unas veces a ciertas formas rítmicas conservadas por la tradición de los himnos de la Iglesia, y otras a coincidencias, que pudieran ser casuales, en pensamientos comunes. Es indudable que Horacio fue el poeta romano menos leído en aquellos siglos, si exceptuamos a Lucrecio, Catulo, Tibulo y Propertio, que permanecieron aún más olvidados” (*Horacio en España*, 2ª ed., Imprenta de A. Pérez Dubrull, Madrid, 1885, t. 2, pp. 8-10).

<sup>6</sup> Cito en extenso para apreciar mejor las coincidencias: “En la Edad Media, Horacio (sobre todo Horacio como lírico) es figura secundaria, y se sitúa muy por debajo de Virgilio y de Ovidio. La razón es clara; el primer mérito de Horacio es su forma exquisita, su pura forma; aunque no se perciba el ritmo delicado del verso o la arquitectura de la narración en un episodio de la *Eneida*, aunque se pierda el juego malicioso de las *Heroidas* o el encadenamiento como de sueño de las *Metamorfosis*, queda siempre el residuo sólido de una apasionada anécdota; pero si se deja de percibir la forma de composiciones que huyen cuidadosamente de la anécdota y del argumento, si cesa la comprensión de su métrica, Horacio, *Romanae fidicen lyrae*, se convierte en el *Orazio satiro* de la *Divina Comedia*; las *Odas* y *Épodos*, dice Hugo de Trimberg, *nostri temporibus credo valere parum*. Perdida la visión integral de su obra, lo que queda de Horacio son máximas chatas, buen material para centones, que nada dicen al gusto medieval: *vultus / si licet his durus, utilitate valet*” ([reseña de *Orazio nella letteratura mondiale*, Roma, 1936], *NRFH*, 2, 1940, pp. 372-373).

<sup>7</sup> “La *Garcineida* de García de Toledo”, p. 254.

<sup>8</sup> Ratifican esta opinión, al referirse a sus fuentes clásicas, entre otros, RICO, art. cit., p. 48; LUIS ANTONIO DE VILLENA, *Dados, amor y clérigos*, Cupsa, Madrid, 1978, p. 99; JOSÉ-LUIS MORALEJO, “Literatura hispano-latina (siglos V-XVI)”, p. 68; ELOY BENITO RUANO, y JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL, “La *Garcineida*”, *Medievalismo*, 7 (1997), p. 373.

<sup>9</sup> A menudo, las formas métricas aclimatadas en latín de que se enorgullecía el ve-

líneas generales, el poco interés que despertó su obra lírica junto a la de Virgilio, Ovidio, Sedulio y otros, es una opinión con algún respaldo<sup>10</sup>, no es posible seguir considerando la lectura de las *Odae* como una rareza; no, por lo menos, en ciertos ámbitos y en ciertos momentos de la historia medieval. Entre el reducido número de gramáticos de la antigüedad tardía que dedicaron capítulos e incluso tratados enteros al estudio de los *metri Horatii*<sup>11</sup> y el grupo de paduanos que entretenían sus ocios con la lectura de las *Odae* en la segunda mitad del siglo XIII —con el también poeta, aunque mediocre, Lovato Lovati y Geremia de Montagnone a la cabeza<sup>12</sup>—, hay otros muchos hitos que enmarcan mejor la singularidad del autor anónimo del *Tractatus*.

nusino (basta recordar *Od.* III: 30, 10-14) se divulgaron, a veces con novedades significativas, por intermediación de autores cristianos: los himnos “In diem sancte Engratie vel decem et octo martirum” (*PL* 86, 903) y “Martyris gestans Zoili coronam” (*PL* 86, 1140-1141), en estrofas sáfico-adónicas, proceden ambos, por ejemplo, del “Bis nouem noster” de Prudencio (*Perist.* 4); en el primer caso, se trata en realidad de una versión mutilada del “Bis nouem noster” y, en el segundo, tres de las ocho estrofas que componen el himno están tomadas de Prudencio, lo que comprueba su filiación (BLUME ofrece una tabla en la que es posible apreciar éstas y otras correspondencias entre la himnica mozárabe y la obra de Prudencio en *Analecta Hymnica* 27, pp. 37-39; para “Martyris gestans Zoili coronam” véase también PÉREZ DE URBEL, “Origen de los himnos mozárabes”, *BHi*, 28, 1926, p. 214). La intervención de Prudencio entre el Horacio que se inspira en modelos griegos y estos himnos de la iglesia mozárabe (ejemplo que puede hacerse extensivo a otros *corpora* de la lírica cristiana y profana) significa la fijación de una nueva forma de la estrofa sáfico-adónica medieval: mientras al principio Horacio mezcla la cesura semiquinaria con la trocaica (aunque después da preferencia a la semiquinaria) en los sáficos, Prudencio y sus imitadores más o menos cercanos utilizarán exclusivamente la cesura semiquinaria. Otro indicio importante de esta transmisión indirecta se muestra en los manuales de métrica: en *De arte metrica* de BEDA, por ejemplo, el modelo para la misma estrofa sáfico-adónica son los seis libros de Paulino sobre san Félix (en *Grammatici Latini*, ed. Heinrich Keil, 7, pp. 254-255) y en el *De divisione philosophiae* de DOMINGO GUNDISALVO se citan como prototipos los himnos “Iste confessor”, “Virginis proles” y “Vt queant laxis” (en *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, ed. Ludwig Baur, 4, 1903, p. 62).

<sup>10</sup> ROSARIO CORTÉS TOVAR, por ejemplo, apunta que “la Edad Media no entendió la concentración expresiva y la forma exquisita de las *Odas* y prestó atención sólo a las *Sátiras*” (“*Sátiras y Epístolas*”, en *Historia de la literatura latina*, ed. C. Codoñer, Cátedra, Madrid, 1997, p. 150); para Vicente Cristóbal “únicamente en los siglos medievales su presencia, especialmente en lo que se refiere a su lírica, se oscurece un tanto frente al excelso prestigio de Virgilio y Ovidio” (“Introducción”, en HORACIO, *Odas y épicos*, ed. bilingüe de M. Fernández-Galiano y V. Cristóbal, Cátedra, Madrid, 1990, p. 45) y, en el ámbito anglosajón, R. J. TURRANT escribe que “for much of the Middle Ages the lyric poems seem to have been less read than the hexameter *Satires* and *Epistles*, probably because of their greater metrical and linguistic difficulty” (“Horace”, en *Texts and transmission, a survey of the Latin Classics*, ed. L. D. Reynolds, Clarendon Press, Oxford, 1983, p. 182).

<sup>11</sup> Referencias bibliográficas y un estudio de algunos aspectos puntuales en MARINA DEL CASTILLO, “La interpretación antigua de los versos líricos de Horacio”, *Emerita*, 59 (1991), 297-312.

<sup>12</sup> Grupo que REYNOLDS y WILSON no vacilan en adjetivar “prehumanista” (véase su *Copistas y filólogos*, versión española de Manuel Sánchez Mariana, Gredos, Madrid, 1986, pp. 163-167 y 339-340).

LOS *CARMINA* Y SUS LECTORES MEDIEVALES

Los detalles en los que se detienen comentaristas de la antigüedad tardía como Porfirión (siglo III) —quien “incluye observaciones léxicas, de sintaxis y de morfología elementales; señala alguna figura retórica, ofrece glosas, etimologías, comenta el orden de las palabras; se ocupa mucho de las cuestiones de *realia*”<sup>13</sup>— responden con toda seguridad a las necesidades de un público escolar que aprende los rudimentos de la *latinitas* en las *Odae*. El aprovechamiento de la lírica horaciana se detiene, lamentablemente, en este fin modesto: con la ausencia de comentarios formales y la reordenación de las palabras o la “corrección” de ciertas expresiones poéticas, Porfirión “está indicando licencias que sobrepasan los límites de la corrección, de la *latinitas*; no siempre es posible hablar o escribir como los poetas, conviene por tanto poner de relieve sus peculiaridades” (*ibid.*, p. 352). Y confirma, de paso, que su propósito es formar hablantes o escritores de un latín correcto, no poetas. Algo parecido se puede decir de los escolios del Pseudo-Acrón, posterior en uno o dos siglos, y sólo distinto por la naturaleza todavía más elemental de sus comentarios, comprensible nada más “en un contexto de lector tardío bastante ignorante” (*ibid.*, p. 355).

No esperemos en los años que siguen a los primeros comentaristas los versos de un alumno aventajado o los de un profesor virtuoso —salvando, ante la duda, el himno a Clío que abre la *Vita Vergilii* de Focas (siglo V)<sup>14</sup> o, ésa sí excepción segura, Metellus de Tegernsee (s. XII) en sus poemas en honor de san Quirino<sup>15</sup>— que den vida nuevamente al espíritu lírico de Horacio. Lo que ofrecen los testimonios, en cambio, son indicios seguros de un número indeterminado de lectores escolares que encuentran en Horacio otra *auctoritas* más, el respaldo erudito de un pasado remoto para argumentar a favor o en contra de algún juicio sobre su presente. Las ocurrencias de los *Carmina* en las *Etymologiae* no comprueban, con ser numerosas<sup>16</sup>, la lectura directa de la obra lírica del ve-

<sup>13</sup> JOSEFA CANTÓ LLORCA, “Los comentarios antiguos de Horacio”, en *Bimilenario de Horacio*, eds. Rosario Cortés Tovar y José Carlos Fernández Corte, Universidad, Salamanca, 1994, p. 351.

<sup>14</sup> Los editores modernos generalmente omiten este himno en estrofas sáfico-adónicas como una interpolación posterior. De ser original de Focas, se trata de un himno dedicado a la “aurea Clío” que sigue muy de cerca *Od. I: 10*, en una métrica perfecta, y que bien podría ser deudor de Horacio más que de los modelos cristianos (editado por Aemilius Baehrens en *Poetae latini minores*, B. G. Teubner, Leipzig, 1885, t. 5, pp. 85-86 y traducido por F. Santamaría Lozano en *Biografías literarias latinas*, Gredos, Madrid, 1985, p. 177).

<sup>15</sup> C. H. HASKINS, *The Renaissance of the Twelfth Century*, 4ª ed., Harvard University Press, Cambridge, 1939, p. 110.

<sup>16</sup> Versos de los *Carmina* aparecen citados en seis ocasiones con el nombre explícito de su autor (*Etym. IV: 12, 6; VIII: 11, 104; XI: 2, 14; XV: 2, 4 y 8, 6; XIX: 12*) y, en

nusino (de hecho, la opinión general es la contraria<sup>17</sup>); acreditan, sin embargo, un conjunto de lectores escolares a quienes poco aprovechan las formas artificiosas, atentos como están al contenido y a un provecho material más inmediato. ¿Cómo, si no pensamos en la difusión de la lírica de Horacio, podemos entender que Isidoro lo use como término de comparación en latín cuando habla de los Salmos<sup>18</sup>? Los versos de Horacio, pese a ser conocidos, no parecen sin embargo dignos de ser imitados: contra los abundantes ecos de Marcial —y, en menor medida, de Virgilio y Ovidio—, ningún recuerdo hay de las *Odae* en los *Versus* de Isidoro<sup>19</sup>. Lo mismo puede decirse del *Ars grammatica* atribuida a Julián de Toledo (644-690): si es en realidad una compilación de apuntes tomados en clase por un alumno o alumnos de Julián —como sugiere Maestre Yenes<sup>20</sup>—, lo que tenemos de nuevo es un testimonio no de un lector singular, sino el más rico de varios lectores escolares en un momento determinado, para los que Horacio lírico es un semillero de ejemplos métricos y nada más<sup>21</sup>.

El público que gozó la obra lírica de Horacio de un modo más genuino bien pudo no haber frecuentado las aulas ni tampoco llevar sus impresiones al papel para dejar testimonio escrito de su deleite o su rechazo. Esto, por lo menos, es lo que la evidencia de copias con notación musical de las *Odae* permite especular. En un manuscrito de finales del XI o principios del XII, se conserva una copia del “Est mihi nonum superantis annum” (*Od.* IV: 11), seguramente interpretada bajo el prototipo melódico del “Ut queant laxis”, con notación neu-

tres ocasiones más, versos del *Epodon liber* (I: 39, 24; XVI: 5, 19; XIX: 1, 12); aprovecho los índices preparados por Oroz Reta y Marcos Casquero en *Etimologías*, texto latino, vers. esp. y notas por J. Oroz Reta y M.-A. Marcos Casquero, introd. general por Manuel C. Díaz y Díaz, 2ª ed., BAC, Madrid, 1993, t. 2, p. 598.

<sup>17</sup> Véase DÍAZ Y DÍAZ, “Introducción general”, en ed. cit., t. 1, pp. 192-193 y NICOLÒ MESSINA, “Le citazioni classiche nelle *Etymologiae* di Isidoro di Siviglia”, *Archivos Leoneses*, 68 (1980), p. 218; esto, contra lo que creía MENÉNDEZ PELAYO (*Horacio en España*, p. 8, nota 1).

<sup>18</sup> “Omnes autem psalmi apud Hebraeos metrico carmine constant esse compositi. Nam in more Romani Flacci et Graeci Pindari, nunc alii iambo currunt, nunc Alcaico personant, nunc Sapphico nitent trimetro, vel tetrametro pede incedentes” (*Etym.* VI: 2, 17).

<sup>19</sup> Últimamente, JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ MARTÍN ha vuelto a estudiar los *loci similes* de los *Versus* (véase “Ecos de poetas tardíos en los *Versus* de Isidoro de Sevilla”, en *Actas II Congreso Hispánico de Latín Medieval. León, 11-14 de noviembre de 1997*, coord. M. Pérez González, Universidad, León, 1998, t. 2, pp. 793-802).

<sup>20</sup> “Introducción”, en *Ars Iuliani Toletani episcopi*, est. y ed. crít. de M. A. H. Maestre Yenes, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Toledo, 1973, p. xxvi.

<sup>21</sup> Los préstamos de los *Carmina* y del *Epodon liber* pueden verse, en la ed. cit., en las pp. 228 (lín. 160-161); 229 (182-183 y 183); 230 (198 y 211-212); 232 (5 y 9); 233 (28-29). A diferencia de lo que pasa en Isidoro, nunca se especifica la procedencia de los ejemplos métricos, así que podemos dudar razonablemente de que el conocimiento de Horacio aprovechase a escolares ajenos al grupo de Julián.

mática aquitana y, en otro del x, un fragmento del “Albi ne doleas” (*Od.* I: 33), con notación neumática de la zona de Lorena<sup>22</sup>; en este mismo manuscrito (Lat. 8072) y en otro (Lat. 1154) de la Biblioteca Nacional de París, se pueden encontrar más himnos de las *Odae* con estas características<sup>23</sup>. La notación musical que acompaña estos pocos *Carmina* obliga, por supuesto, a considerarlos de manera muy distinta: lejos de los dos o tres versos sueltos que naufragan en los compendios de métrica o enciclopedias, apenas una huella de la lectura directa del autor que los transmite —o de su fuente—, estas versiones musicalizadas atestiguan la vigencia de una obra para un público que, no limitado por la asequibilidad de manuscritos, muy difícilmente podemos cuantificar. Se trata, sin duda, de testimonios valiosos de un estado peculiar de la difusión de Horacio después de los siglos IX-X (principios del IX, si se trata de copias de modelos producidos durante el Renacimiento Carolingio) entre un público anónimo que, luego de presenciar lo que pudo ser un mero recreo de corte —como sugieren los temas erótico y simposiaco de los himnos musicalizados—, raramente dejaría testimonio escrito de ello.

Para los siglos XI y XII, entre los que hay que datar la composición del *Tractatus de reliquiis preciosorum martirum Albini atque Rufini* o *Garcineida*<sup>24</sup>, los *Carmina* no son raros en las bibliotecas medievales. De las muchas e imprecisas etiquetas de los catálogos o inventarios en los que el redactor se limita a señalar la existencia de un “Oratius” entre sus fondos, tenemos algunas más precisas: del siglo XI, el registro del inventario de Lorsch sugiere que el contenido del códice eran las obras líricas (“Liber Oratii poete in uno codice”)<sup>25</sup>; del siglo XII, sabe-

<sup>22</sup> Ambas comentadas en ÉDITH WEBER, “Prosodie verbale et prosodie musicale: la strophe sapphique au Moyen-Âge et à la Renaissance”, *Le Moyen-Français*, 5 (1979), pp. 164-166.

<sup>23</sup> El primero, comentado por WEBER, art. cit., p. 191, nota 11; el segundo, por GUSTAVE REESE, *La música en la Edad Media*, vers. esp. de José María Martín Triana, Alianza, Madrid, 1989, p. 243. Resulta significativo que en el manuscrito Lat. 1154, junto a las *Odae* de Horacio se copiaron también algunos cármes de Boecio.

<sup>24</sup> E. SACKUR, con el acuerdo general de la crítica posterior, pensaba que en razón de algunos indicios internos se podía determinar la fecha de composición del opúsculo entre agosto de 1098 y julio de 1099 (“Tractatus Garsiae Tholetani canonici de Albino et Rufino [Garsuinis]”, en *Monumenta Germaniae Historica, Libelli de lite*, 2, 1892, p. 424). En cuanto al doble título de la obrita, aunque a partir del artículo de María Rosa Lida se popularizó *Garcineida*, me parece que el título resumido del *incipit* le hace más justicia al contenido: “Tractatus Garsie Tholetane Ecclesie Canonici de reliquiis preciosorum martirum Albini atque Rufini, ideoque de nomine eius intitulatur libellus iste et uocatur Garsuinis” (ms. B). De cualquier forma, no hay razón para preferir uno sobre el otro, puesto que ambos derivan del mismo manuscrito tardío (siglo XIII).

<sup>25</sup> Aprovecho el trabajo de B. MUNK OLSEN, *L'étude des auteurs classiques latins aux XI<sup>e</sup> et XII<sup>e</sup> siècles*, t. 3, 1<sup>er</sup> partie: *Les classiques dans les bibliothèques médiévales*, CNRS, Paris, 1987, p. 145.

mos de un “Ode in corio” en Canterbury (*ibid.*, p. 63), un “Odae Oratii” en la Iglesia de San Cutberto, Durham (*ibid.*, p. 96), un “Ode et poetria et sermones et epistole Oratii” en Nuestra Señora de Reading (*ibid.*, p. 199) y unas obras completas en San Pedro de Lobbes: “Q. Flacci Horatii carminum lib. III. Eiusdem liber de arte poetica. Eiusdem liber epodon. Eiusdem epistolarum lib. II. Eiusdem sermonum lib. II. Vol. I” (*ibid.*, p. 143). De finales del XII y principios del XIII, tenemos unas “O /// de Oratii” en un inventario de Klosterneuburg (*ibid.*, p. 128) y entre los “libros Oratii” donados por Richolfus, abad de Arnstein (m. 1196), sabemos de la existencia de unas “Odas cum g.s.” (*ibid.*, p. 29).

Horacio lírico tampoco es un desconocido para los lectores de los siglos XI-XII —aunque los testimonios para el XI siguen siendo escasos—; pero ello no significa necesariamente un cambio de orientación en la lectura de sus versos: también abundan en inventarios y catálogos las “glosas de Oratio”, etiquetas vagas que, podemos suponer verosímilmente, se referirían en alguna ocasión a los comentarios del Pseudo Casio Baso, Servio, Porfirión o a los escolios del Pseudo-Acrón; a ello apuntan algunas pocas menciones donde los contenidos se explicitan: en el siglo XI, se documenta en San Pedro de Corbie una “Oratii. Expositio” que, muy probablemente sea alguna de las “Glose super odas” y “Glose odarum” de una lista redactada entre los siglos XII y XIII (*ibid.*, pp. 84 y 86); en el siglo XII, había en San Pedro de Lobbes un “Pomponii Porphirionis commentum super Horat. Vol. I” (*ibid.*, p. 143) y el *magister* Abel, de quien apenas se conoce poco más que su nombre, poseía unas “Glose super odas” entre un verdadero repertorio de otros comentarios sobre el *De amicitia*, las *Paradoxas*, las *Epistulae ex Ponto* y *Metamorphoseos*, la *Tebaida*, las *Saturae* de Persio y sobre otras dos obras de Horacio: *Poetria* y *Sermones* (*ibid.*, p. 295); de Rolduc, cerca de Liége, tenemos noticia de un misceláneo que posiblemente contuviera noticias sobre las *Odae*: unos “Excerpta grammaticae et sententiarum Oratii” (*ibid.*, p. 212).

#### LOS *CARMINA* COMO SEMILLEROS DE *SENTENTIAE*

Frente a estos testimonios, los varios versos citados por el autor anónimo del *Tractatus* ya no parecen “otro rasgo excepcional”<sup>26</sup>; su recontextualización dentro de esta cadena de lectores, lejos de minimizar su creatividad, nos coloca en una mejor perspectiva para tasar la medida justa de su originalidad y sus propósitos. Podemos, por lo pronto, adelantar que si fue un lector atento —como sugiere la puntualidad, rareza y buen tino de las citas que incorpora—, lo fue sólo

<sup>26</sup> MARÍA ROSA LIDA, “La *Garcineida* de García de Toledo”, p. 254.

del libro primero de las *Odae*. La procedencia de los *loci citati*<sup>27</sup> obliga a pensar, más que en el repertorio que sospechaba Rico<sup>28</sup>, en los hábitos de lectura de un escolar o de un gramático tratando de profundizar en los secretos de la métrica horaciana: a menudo, la riqueza formal del primer libro dispensaba a sus lectores de la revisión del resto de la obra; lo escrito por Marina del Castillo para los comentaristas de la antigüedad tardía bien puede aplicarse a los lectores del siglo XI: “el autor antiguo que se disponía a estudiar estos metros no tenía, pues, más que recorrer las odas que encabezan el libro primero para dar cuenta de casi todas las demás”<sup>29</sup>. Así, el autor anónimo no parece un lector falto de propósito; por el contrario, puede colocarse en la línea de los lectores eruditos que buscan modelos métricos, aunque no limite su tarea a esto sólo: la lectura de estudio aprovecha —y cuánto— a la parodia posterior cuando el lector se convierte en festivo autor del *Tractatus*.

Quizá más excepcional deba parecernos el tratamiento de los *Carmina* por el autor del *Tractatus* que su mera relectura a fines del siglo XI. Llama la atención, en primer lugar, que sea él mismo quien frustre los efectos de su hallazgo lírico al seleccionar e incorporar versos como si fuesen máximas ordinarias. En cuanto a la selección, las cuatro ocasiones en que cita versos de las *Odae* se trata de unidades que respetan bien el contenido pero que dejan mal adivinar su forma lírica, ceñidas siempre a los límites de un verso solo, pues, como es sabido, el verso “sólo tiene razón de existir cuando se encuentra en función de otro y otros versos, formando parte primero de la estrofa y luego del poema”<sup>30</sup> —verdad especialmente certera para la lírica de Horacio, caracterizada por el uso de estrofas tetrás-

<sup>27</sup> Si limitamos nuestro concepto de cita como lo hace DÍAZ Y DÍAZ “al pasaje que un autor toma de otro mencionando su procedencia concreta” (art. cit., p. 192), las únicas citas que tenemos en el *Tractatus* corresponden a versos de Horacio: “Instabat impensius praefatus Teucer, beatissimum Vrbanum commonefacere et quam plurimum cohortari, illud Horatii dictum reuoluens assidue: ‘Sapías, uina liques (Hor., *Carm.* I: 11, 6)’, et illud: ‘Postquam morieris, non regna talis sortiere uini (ibid. I: 4, 17)’ et illud: ‘Siccis Deus omnia dura proposuit (ibid. I: 18, 3)’”, *Tractatus Garsiae or the Translation of the Relics of SS. Gold and Silver*, ed. with introd., text, translation and notes by Rodney M. Thomson, E. J. Brill, Leiden, 1973, p. 18, lín. 66-72; reproducen el texto latino, respetando la numeración de líneas en THOMSON, E. BENITO RUANO, y J. A. VILLAR VIDAL, art. cit., pp. 380-412 (cito por la edición de Thomson en espera de la que prepara Maurilio Pérez González y que, seguramente, habrá de superarla). A éstas hay que añadir otros dos *loci* que, sin ser citas en sentido estricto, tampoco pueden considerarse simples *reminiscentiae* y que proceden igual del libro primero: *Od.* I: 18, 3, vuelve a aparecer en labios de Alberto (p. 40, lín. 411) sin indicar su procedencia; en una de las arengas a Urbano (p. 34, lín. 312-313) se intercala al hilo del discurso *Od.* I: 37, 1, también sin señalar su autoría.

<sup>28</sup> Art. cit., p. 44.

<sup>29</sup> Art. cit., p. 302.

<sup>30</sup> ANTONIO QUILIS, *Métrica española*, 8ª ed., Ariel, Barcelona, 1994, p. 16.



ticas. En cuanto a su forma de incorporación en el *Tractatus*, los contextos que introducen las citas son fórmulas de las que se usan convencionalmente para organizar secuencias acumulativas de *argumenta ab auctoritate* (“...*illud Horatii dictum* reuoluens assidue:... *et illud:... et illud:...*”) o, sencillamente, frases consecutivas cortas unidas por una *repetitio* (“*Nunc itaque bibendum est* [Hor., *Carm.* I: 37, 1], *nunc corporis uoluptates prosequendae sunt, nunc carni et sanguini studendum, nunc in deliciis...*”, ed. cit., p. 34, lín. 312-315), pero nunca contextos que expliciten la naturaleza lírica de los textos.

Esta puesta en circulación de los *Carmina* no modifica la figura de Horacio como moralista y azote de los vicios ya perfectamente constituida en tiempos de Isidoro<sup>31</sup> y a la que incluso un intelectual “de avanzada” como Lupo de Ferrières no puede sustraerse<sup>32</sup>. Horacio en el *Tractatus* es el mismo “Orazio satiro” de la *Divina comedia* y el mismo que “fizo muchos buenos libros de castigos et de sesos”<sup>33</sup> y de quien, hay que confesarlo, el autor no ha despreciado tampoco “las migajas didácticas del arte antigua”<sup>34</sup>. Al lado de versos bien elegidos y “raros” del libro primero de las *Odae*, el autor anónimo repite en proporción semejante frases de esas que “no presuponen más ciencia que el conocimiento de una colección aforística” (*ibid.*, pp. 253-254). Forzoso es confesar, contra el entusiasmo de María Rosa Lida, que el anónimo sí encaja varias de estas manoseadas máximas en el caso de Horacio: en “*Videatur si ceruices habet Romanus pontifex, si habet foenum in cornu*” (ed. cit., p. 34, lín. 334-336), recoge lo que sin duda ya era para entonces una frase proverbial que pocas veces sería conocida a partir de la fuente directa en *Sat.* I: 4, 34<sup>35</sup>; más ade-

<sup>31</sup> Dice ISIDORO que se llama “*noui, qui et satirici, a quibus generaliter vitia carpuntur, ut Flaccus, Persius, Iuuenalis vel alii. Hi enim uniuersorum delicta corripiunt, nec vitabatur eis pessimum quemque describere, nec cuilibet peccata moresque reprehendere. Unde et nudi pinguntur, eo quod per eos vitia singula denudentur*” (*Etym.* VIII: 7, 7).

<sup>32</sup> El importante sitio que le reserva con toda razón CARLOS PÉREZ GONZÁLEZ como uno de “los precursores de la actividad filológica del Renacimiento italiano”, no modifica la perspectiva generalizada: “el uso que hace Lupo de ‘algunos pasajes’ horacianos, recogidos desde el siglo VIII en atractivos florilegios, no hace otra cosa que confirmarnos el *status* del poeta de Venusia en la Edad Media: se le aprecia como moralista –de ahí el calificativo de *ethicus*” (“Un humanista en el siglo IX: Lupo de Ferrières y su afán por la recuperación de los clásicos latinos”, en *Actas II Congreso Hispánico de Latín Medieval*, t. 2, p. 738).

<sup>33</sup> *Primera crónica general de España*, ed. Ramón Menéndez Pidal con un est. actualizado de Diego Catalán, Gredos-Seminario Menéndez Pidal, Madrid, 1977, t. 1, p. 107b, 21-22.

<sup>34</sup> MARÍA ROSA LIDA, “La *Garcineida* de García de Toledo”, p. 253.

<sup>35</sup> Así, por ejemplo, Braulio de Zaragoza (m. 651) y Álbaro de Córdoba (m. 861) la toman de san Jerónimo (“...de nobis quoque dici potest: ‘faenum habet in cornu longe fuge’”, *Epist.* 50, 5); Álbaro, con una notable *lectio facillior*: “...et noster Iheronimus dicit: ‘Cornu habet in fronte. Longe fuge’” (*Epist.* 20, 15-16, en *Corpus scriptorum muzarabicorum*, ed. Ihoannes Gil, CSIC, Madrid, 1973, t. 1, p. 270). Para

lante, Gregorio de Pavía invita a beber citando *Sat. I: 10, 34*: “Eia, eia, Alberte, defer ligna in siluas...” (p. 40, lín. 414), otro de esos versos que se ganan el anonimato y su reformulación proverbial en distintas obras<sup>36</sup>, y el “adde oleum camino” (*Sat. II: 3, 321*) en ed. cit., p. 40, lín. 416, del que no encuentro más testimonio posterior, pero al que no falta un fuerte sabor proverbial.

Los versos de los *Carmina* se presentan como aforismos y máximas procaces que conviene seguir sin condiciones. En ello, por supuesto, el propósito del autor no es meramente moral y mucho menos serio; detrás hay que buscar la sonrisa de su público. En este caso, el humor no radicaba en la parodia de un texto, como sí sucede en numerosas ocasiones al citar versículos antiguo y neotestamentarios<sup>37</sup>, sino en la parodia de una conducta<sup>38</sup>. Los versos de Horacio no necesitan ningún retoque chusco porque la broma no depende del puro texto; lo que se parodia no es un *argumentum* aceptado y repetido por la tradición, como pasa con los versículos de la Biblia, sino el comportamiento de aquellos que toman por maestros del

---

Braulio, véase MARÍA LUISA GARCÍA SANCHIDRIÁN, “Braulio de Zaragoza y los clásicos”, *Anuari de Filologia*, 16, 4D (1993), p. 42.

<sup>36</sup> El “In siluam non ligna ferar insanius” citado a menudo por JERÓNIMO (*Praef. psalt. sec. Hebr.*, en *PL* 28, 1127; *Aduer. Pelag.* 3, 19; *Epist.* 134) fue otro de esos versos de repertorio: Lupo de Ferrières en el siglo IX escribe a Eginardo “uerum ut aliquid rationis afferre videar, taceo quidem secularium litterarum de amicitia sententias, ne, quoniam eis adprime incubuistis, Oratianum illud doctissimum ore tritum merito accipiam: In silvas ne ligna ferar” (*apud* CARLOS PÉREZ GONZÁLEZ, art. cit., p. 738); en el siglo X, Herigerio y Anselmo vuelven a servirse de este verso en el prólogo de sus *Gesta episcoporum Tungrensium, Traiectensium et Leodiensium* (*PL* 139, 1005) y, hacia 1080, Ulrico de Zell lo aprovechará de nuevo en sus *Antiquiores consuetudines cluniacensis monasterii*: “Plura sunt quae adhuc dicere possem, sed cum modo meminerim quibus sum locutus, video quod nec opus fuerit tantum dixisse de huiusmodi re, et, ut ait ille, in silvam ligna contulisse” (*PL* 149, 704).

<sup>37</sup> Donde, por ejemplo, “hilarem enim datorem diligit Deus” (II Cor 9: 7) se convierte en “hilarem datorem diligit Vrbanus” (ed. cit., p. 26, lín. 205) y el “Domus mea domus orationis uocabitur” (Mt 21: 13), en “Domus mea domus potationis uocabitur” (p. 42, lín. 454-455); véase, a propósito, mi “Revisitación al *Tractatus... de reliquiis preciosorum martirum Albini atque Rufini* o *Garcineida*: género e innovación”, en *Discursos y representaciones en la Edad Media (Actas de las VI Jornadas Medievales)*, eds. C. Company, A. González, y L. von der Walde Moheno, UNAM-El Colegio de México, México, 1999, p. 64.

<sup>38</sup> Me parece útil tener en cuenta la distinción de MARTHA BAYLESS entre *textual parody*: “I define a parody as an intentionally humorous literary (written) text that achieves its effect by (1) imitating and distorting the distinguishing characteristics of literary genres, styles, authors, or specific texts (*textual parody*); or (2) imitating, with or without distortion, literary genres, styles, authors, or texts in addition satirizing or focusing on nonliterary customs, events, or persons (*social parody*)” (*Parody in the Middle Ages, the Latin tradition*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996, p. 3). En el caso al que nos referimos, por supuesto, se trata de una *social parody*.

mundo a los autores paganos. Teucer, homónimo del que arenga a sus compañeros para que ahoguen sus penas en vino en *Odae* I: 7, 21-32, encarna bien este vicio repitiendo la función del personaje de Horacio. Aunque las palabras de los autores paganos no estaban por completo desterradas de la predicación<sup>39</sup>, era obvio que aprovecharlos y seguirlos eran cosas distintas. Para el siglo XI, escribía Othlon en su arte métrica que Horacio, Terencio y Juvenal —“y muchos otros que se toman por guías en la escuela del mundo”— eran quienes ofrecían “palabras carnales para el estudio de la carne”, “por quienes cede la ley de la piedad” y quienes promovían “todo lo peor por inspiración diabólica”<sup>40</sup>. Un relato de la primera mitad del siglo XI sobre el gramático Vilgardo, conservado por la pluma de Raul Glaber, encarna bien estos temores<sup>41</sup>. Ante tal aversión, se hacía innecesario trastocar los *dicta* de las *auctoritates*; su contenido *recte* cumpliría sobradamente con las intenciones de nuestro autor anónimo: recordar la autoridad de los poetas del mundo sobre los cardenales que frecuentaban la curia de Urbano.

<sup>39</sup> Para ALAIN DE LILLE (1128?-1202), por ejemplo, era lícito citar a los autores paganos (siempre y cuando, por supuesto, ello sirviese para reforzar los propósitos del predicador): “debet etiam alius auctoritates inducere ad id asserendum, maxime quae pertinent ad propositum. Poterit etiam ex occasione interserere dicta gentiliū, sicut et Paulus apostolus aliquando in Epistolis suis philosophorum auctoritates interserit, quia elegantem habebit locum, si callida verbum junctura reddiderit novum” (*Suma de arte praedicatoria*, PL 210, 114).

<sup>40</sup> “Forsitan ex aliquo quaerenda haec norma profano, / Ut sunt: Horatius, Terentius et Juvenalis, / Ac plures alii quos sectatur schola mundi, / Pro studio carnis carnalia dicta ferentes, / Ut per eos nobis pandatur lex pietatis, / Instinctu Satanae qui promunt pessima quaeque? / Haec ita nonnulli perverso more fatentur” (*De doctrina spirituali liber metricus*, 11; PL 146, 270).

<sup>41</sup> Escribe GLABER: “Quidam igitur Vilgardus dictus, studio artis grammaticae magis assiduus quam frequens, sicut Italis mos semper fuit artes negligere caeteras, illam sectari. Is enim cum ex scientia sua artis coepisset, inflatus superbia, stultior apparere, quadam nocte assumpserunt daemones poetarum species Virgilii et Horatii atque Juvenalis, apparentesque illi, fallaces retulerunt grates quoniam suorum dicta voluminum charius amplectens exercebat, seque illorum posteritatis felicem esse praeconem; promiserunt ei insuper suae gloriae postmodum fore participem. Hisque daemonum fallaciis depravatus, coepit multa turgide docere fidei sacrae contraria, dictaque poetarum per omnia credenda esse assererat. Ad ultimum vero haereticus est repertus, atque a pontifice ipsius corbis [cordis] Petro damnatus. Plures etiam per Italiam tempore hujus pestiferi dogmatis reperti, quippe ipsi aut gladiis aut incendiis perierunt. Ex Sardinia quoque insula, quae his plurimum abundare solet, ipso tempore aliqui egressi, partem populi in Hispania corrumpentes, et ipsi a viris catholicis exterminati sunt. Quod praesagium Joannis prophetiae congruit; quia dixit Satanam solvendum, expletis mille annis, de quibus in tertio jam libello, prolixius tractamus” (*Hist. lib. V*: 2, 12; PL 142, 644).

## HORACIO LÍRICO

No tardaría mucho, sin embargo, la revaloración de la lírica horaciana. Varios indicios de mediados del siglo XII apuntan ya en esa dirección: en la donación de libros del abad Siwardus (m. 1157) a la iglesia de Rastede se enlistan, sin distinguir jerarquías, “Prudentium, Oratium et Boetium”<sup>42</sup> y en la lista de autores escolares atribuida por Haskins a Alejandro Neckam, se recomienda toda su obra, *Odae y Epodon liber* incluidos<sup>43</sup>. De estos mismos años es también el *De diuisione philosophiae* de Domingo Gundisalvo. Aunque en él no cita textualmente ningún verso de los *Carmina*, las páginas que dedica al estudio de los *pedes metrici* terminan, significativamente, con esta recomendación: “quisquis autem plurima que restant metre scire desiderat, odas Oracii uel Boëcium de consolatione legat” (ed. cit., p. 62). Esta frase, salida un poco al paso, marca sin duda el inicio de la consagración de Horacio en un ambiente escolar no sabemos todavía de qué dimensiones: sólo así se puede interpretar el *De consolatione philosophiae*, una de esas lecturas que los hombres de la Edad Media siempre estimaron, al lado —se me antoja que en igualdad de circunstancias— de las *Odae* de Horacio.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

<sup>42</sup> MUNK OLSEN, *op. cit.*, p. 195.

<sup>43</sup> E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, 1ª reimpr., trad. M. Frenk Alatorre y A. Alatorre, F.C.E., México, 1975, t. 1, p. 81.